



El puerto del Pireo.

UN INVIERNO EN ATENAS,

POR PROUST.

[1857-1858.]

De Mesina al Pireo.

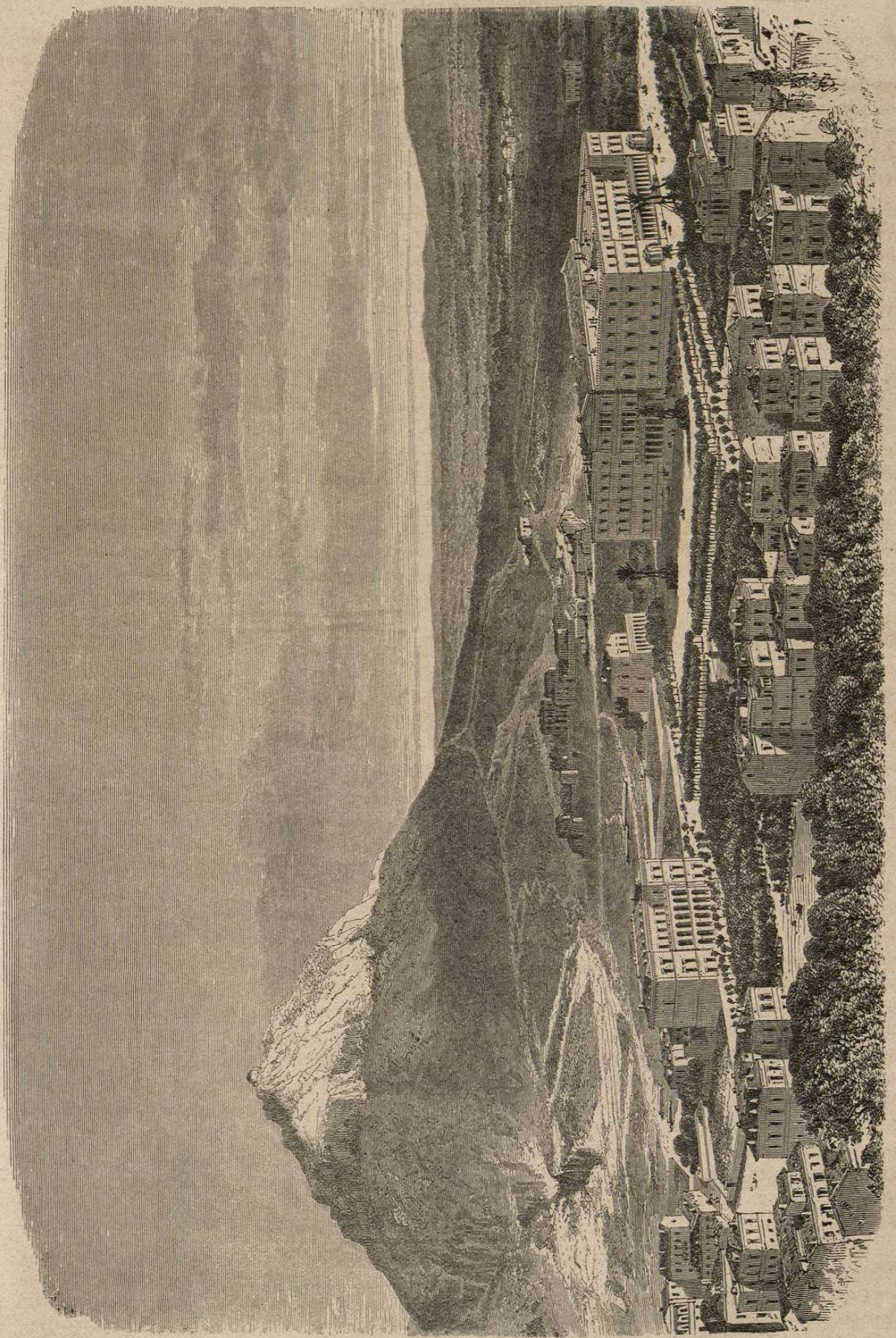
El 4 de noviembre de 1857, despues de un mes de permanencia en Sicilia, me embarqué en Mesina á bordo del *Carmel*, barco de las Mensagerías Imperiales. Desde el cabo Spartivento, último adios de la tierra italiana hasta la costa de Grecia, la navegacion es de cuarenta y ocho horas. Durante estos dos dias, el espectáculo fue continuamente el mismo: las olas rodaban sin cólera y el barco hacia sentir de vez en cuando algun gemido. Durante este tiempo tambien la *signora Julia*, *prima donna* del teatro Naum, charló con esa charla elegante que halaga el espíritu sin fatigarlo.

El 6 llegábamos á vista del cabo Matapan y de la isla de Cerigo: la tierra clásica nos aparecia bajo la forma de rocas sombrías sosteniendo un suelo inculto

y desnudo. Pero por sencilla que fuera esta aparicion, el espectáculo era grande y lleno de emociones á la luz del sol poniente que daba á sus costas unas tintas sangrientas. Era, pues, la Grecia, tal como yo me lo figuraba, devastada por diez años de una lucha heroica; pero á mi alrededor sí que fue grande la estrañeza. La *signora Julia* suspiró á la vista de aquella Cítara tan poco en armonía con la idea que se habia formado de la mansion de Vénus, y el semblante de su Barnum se contrajo lastimosamente.

—¡Un árbol! exclamó un viajero, ¡un árbol! Mas de diez años hace que estoy pasando por aqui y no lo habia visto nunca. Tomo nota de ello.

En efecto, era un árbol mezquino que habia quedado allí sin duda para probar, como dice el poeta, que cuando todo parece hundido, queda aun alguien de pie.



Vista de una parte de Atenas, tomada desde la roca del Acrópolis.— De fotografía.

El día siguiente, entrábamos en el puerto del Pireo á las nueve de la noche. Tan cerca de Atenas hubiera sido penoso pasar la noche en aquel pueblo. Un inglés lo sentía así también, tanto más, cuanto que un amigo suyo había escrito al dorso de su *Murray*: «Desconfíese de las fondas del Pireo.» Muy luego llamamos á un joven de los que había en la multitud de botes que rodeaban nuestro barco, joven cuya fisonomía inteligente y gerga medio francesa, medio italiana, nos parecieron de buen augurio para sacarnos del embarazo. En un instante nos puso en tierra con nuestro equipaje y nos instaló en un carruaje, ancho y decrepito *landau* tirado por dos animales microscópicos.

A pesar de la desproporción del carruaje y su tiro, la pesada máquina partió con gran ligereza, levantando una nube de polvo. De vaiven en vaiven llegamos hasta un grupo de barracas tristemente alumbradas. Alejandro, que así se llamaba nuestro *cicerone* abrió la portezuela y puso alguna simetría en el revuelto cargo. Maletas, sacos, piernas y brazos estaban tan bien mezclados como la alianza de las dos naciones hubiera querido estarlo. Sirviéronos luego un vaso de *raki* con un *glukumi* ó pastel de almendras y miel, y subiendo en fin al lado del cochero, seguimos dando vaivenes. Por el ruido menos sordo de las ruedas conocí bien pronto que habíamos dejado atrás el campo. En efecto, el carruaje se detuvo y vimos aparecer, entre dos columnas de orden corintio, un hombre, cuya cabeza era ni más ni menos la de un gato de la especie angora. Era el señor Yanni Adamopulos, propietario del hotel de Oriente.

—¿Mr. Dunoyer? pregunté entonces.

—Está en el teatro.

—¿En qué teatro?

—No hay más que uno.

Correr al teatro, recorrer un sombrío pasillo, subir al primer piso, abrir cinco ó seis palcos y caer en los brazos de mi amigo fue cosa de un instante.

Se representaba el Bundelmonte del maestro Pacini, pero no nos esperamos y partimos al comenzar la lucha de güelfos y gibelinos, pasando el resto de la noche en preguntarnos mutuamente, él sobre París, de que había salido hacia seis meses; yo sobre Atenas, donde iba á pasar el invierno.

Atenas.—Aspecto de la ciudad moderna.—El palacio del rey.—La universidad.—Monumentos de utilidad pública.—El país.

Los bávaros son los que han elegido la situación de la moderna Atenas; pero no se les podría felicitar por ello. En vez de abrigar la ciudad detrás del Acrópolis por el lado del mar, la han espuesto al rigoroso aliento de los aires del Norte; y en vez de imitar el

respeto de Adriano hacia la ciudad de Teseo, han asentado sus pesadas construcciones sobre las ruinas antiguas.

No hay un palmo de terreno en esta llanura del Atica, que no tenga su significación. haya venido el arte de Egipto ó de Asiria, allí está esa sublime expresión de la inteligencia que hace al hombre casi semejante á Dios, allí está realmente su templo, y debía respetarse. Yo no soy de los que gritan: ¡profanación! cada vez que la actividad humana entrando en un nuevo orden de ideas, destruye la creación de la víspera; pero en un país en que todo estaba por crear ¿qué obligaba á levantar la capital sobre aquellas ruinas?

Los alemanes se creyeron atenienses, porque pisaban el suelo de Atenas y para dar una prueba de su aticismo, construyeron luego no lejos del Acrópolis un gran palacio de mármol pentético indicando exactamente la distancia que separa á un artista griego de un arquitecto de Munich.

Puede fácilmente concebirse el plano de su ciudad por una torta de la Epifanía, cortada en cuatro porciones casi iguales. Las dos incisiones son las calles de Hermes y de Eolo; el haba de la torta es ese palacio de que acabo de hablar, haba que no ha costado á la nación menos de 8.000.000 de francos. Fuera de estas dos calles principales, las demás corren á la aventura, de cualquier modo, con gran pesar de los que tienen la disposición rectangular por el *non plus ultra* de la perfección urbana, con gran placer de los que esperan ver un día la ciudad enterrada levantarse en cólera y echar abajo estas carcomidas barracas. Desde hace algunos años el buen sentido nacional, aleja del Acrópolis las casas y construye por el lado del Lycabeto un nuevo barrio llamado *Neapolis*, que tiene sobre el otro la ventaja de estar mejor trazado y de contar entre sus monumentos una obra notable, la universidad, feliz ensayo de arquitectura policrómica intentado por Mr. Ansen, arquitecto danés. Invito á los sabios que no han podido descubrir por el Partenon los vestigios visibles del azul turquí á visitar este monumento: seguramente no se convertirán á la policromía (los sabios se convierten poco), pero á lo menos tratarán mejor á sus adversarios.

De los demás edificios poco hay que decir. El hospicio para los ciegos, la escuela de los huérfanos, el seminario y el Amalion son más bien obras de caridad que de arte; por lo cual hemos de alabar menos á sus arquitectos que á sus fundadores, MM. Arsaki, Bernardaki, Sina, etc.

Por lo demás, no se encontrará en toda la ciudad un monumento que no sea un testimonio del amor de los helenos á su patria; en cambio no veréis uno que compruebe la solicitud administrativa. El patriotismo de los griegos es tan estremado como la inercia de

los que han aceptado la misión de ponerlos en vías de civilización.

Se han reunido sumas considerables para la fundación de una academia que está comenzada apenas y de un museo que está en proyecto. Durante mi residencia en Atenas se colocó la primera piedra de la escuela naval (el Psarioti Veraki legó los fondos en 1823). Por una inspiración que está á la altura de las aficiones centralizadoras del día, se ha construido la escuela naval lejos del mar, en el centro, es decir, en Atenas.

En resumen, cuando se ha recorrido la ciudad moderna, hay que confesar que este gran centro, poblado con cuarenta y cinco mil almas, no tiene carácter ninguno: no es tan necio el pensamiento de Jocrisse que se quejaba de no ver la ciudad á causa de las casas; y es preciso convenir en que si los griegos no tuvieran muchas y buenas razones para querer fuera de Constantinopla á los turcos, el solo deseo de deshacerse de su capital sería una razón muy suficiente.

Este poblachon alemán es, en efecto, la única nota discordante en este armonioso concierto de la naturaleza. Yo por mí no conozco nada más bello que el recinto del Atica, árida y seca, semejante á un caballo de sangre en que resaltan cada una de sus venas y músculos. A primera vista nos estraña esa calvicie á nosotros los hijos de la melenuda Gaula; pero muy luego encontramos en tan sublime sencillez un encanto variado á lo infinito y un sabor más delicado que el de nuestros contrastes y oposiciones. Hay que añadir á esta seducción lineal el mágico efecto de la límpida y trasparente luz que la hace valer: el cielo purísimo de Nápoles solo daría una débil idea de éste. Ningun vapor atenúa la franqueza del dibujo, ni á lo lejos siquiera; y esa vaguedad que en el Norte confunde el cielo con la tierra no existe en Grecia. No hay violencia ninguna en el paso de la sombra á la luz, sino un tono de dulce armonía que no puede describirse.

«¡Oh afortunados vosotros los que andáis en un aire tan puro, lleno de molicie y claridad!»

Una tarde subí con un sabio alemán á las rocas del Areópago, y desde allí admiraba el sol que iluminaba aun en su ocaso los menores pliegues de la Egina.

«Esa limpidez que os admira, me dijo, tiene una causa natural: la pureza de esta atmósfera es debida á la falta de vegetación, no comprendiendo el aire que la forma, sino muy pocas moléculas de sustancias heterogéneas. Observad bien cómo los flúidos elásticos...»

La ciencia es incansable en sus frios análisis y en aquel momento tuve la idea de precipitar al sabio al abismo que se abre allí profundo y escarpado; pero

el magnífico panorama que se desenvolvía á nuestra vista me distrajo de tan culpable pensamiento. El mar formaba el fondo del cuadro; á la izquierda los flancos labreados del Himeto; á la derecha el Corídalo; por detrás el doble escalon del Pentálico y del Parnés, y en último término las montañas del Peloponeso elevando al cielo sus agudas cimas.

Parece que por todas partes quiere la Grecia echar una mirada sobre Atenas; y si recientemente se ha dejado Corinto derribar por un terremoto, es porque verosíblemente el observatorio tan mal fabricado sobre la colina de las Ninfas ofendía hasta el último punto de vista.

El Acrópolis.—Arquitectura griega.—Monumentos.—La escultura.—El Partenon.—El Erechtheon.—El templo de la Victoria.—La Pinacotheca.

La roca del Acrópolis domina á la ciudad moderna casi en toda su altura. Mucho se ha escrito sobre el Acrópolis, y hay en efecto en esta estrecha roca un vasto campo de observación. La más crasa ignorancia cede allí á la emoción, y la fantasía más inquieta siente abatirse sus inspiraciones ante la tranquilidad del genio fuerte y poderoso. Ayer podemos decir, se hizo la luz ante esta obra maestra del espíritu humano: un geómetra, Mr. Pennethorne, ha explicado matemáticamente el secreto de esa belleza tranquila que escitaba el entusiasmo del poeta, sin que él su piera darse cuenta de ello. El geómetra ha medido los monumentos y descubierto que en esta arquitectura como en la naturaleza, todas las líneas obedecen á una curva y á una inclinación. Puede asegurarse ya que los monumentos griegos están hechos *d'après nature*, y que de la perfecta armonía de sus líneas con las líneas que rodean ha nacido esa plenitud de carácter que no ha podido conseguir arte ninguno. *D'après nature* no es, sin embargo, la expresión propia: el arte griego interpreta la naturaleza y acaba la obra divina; es decir, que no es indiferente que el monumento esté en el valle ó en la montaña, y que el Partenon corona y completa la roca del Acrópolis, así como el frontis de Phidias corona y completa el Partenon. Es menester un largo estudio para comprender la discreta sencillez de estas combinaciones, por más que parezca fácil su resultado.

No se puede formar idea del arte griego por los modelos que le hemos tomado: en primer lugar porque nosotros hemos mirado con negligencia su exhibición (*mise en siene*) y luego porque no nos hemos cuidado tampoco del modo de construcción.

El pasadizo que conduce al recinto murado del Acrópolis, atraviesa dos bóvedas sombrías y termina en la meseta de los Propileos: después de algunas escaleras se llega á la meseta superior donde se eleva el Partenon.

El templo presenta su lado roto por la bomba tantas veces maldita de Morsini y proyecta en el cielo su silueta dismantelada por lord Elgin. A pesar de estas devastaciones sucesivas y las mutilaciones hechas por los cultos cristiano y musulman, el coloso

está todavía de pie con el mayor número de sus columnas dóricas y los muros casi completos del opisthodomio y del pronaos: la fachada está casi entera.

A la izquierda está el Erechtheon que contenía los dos templos de Minerva Poliada y de Pandrosa.



Marineras y campesinas griegas.

Este doble edificio, obra maestra del orden jónico, encerraba el agua y el olivo sagrado. En tiempo de los emperadores fue convertido en templo cristiano y en harem en el de los turcos. En 1846 la Francia lo reedificó y la Inglaterra cambió por unas baldosas la bella cariátide que había sustraído. A propósito de esta sustracción, cuenta Buchon la siguiente anécdota.

«Estas seis cariátides eran en el concepto popular seres sobrenaturales. Cuando una de ellas fue arran-

cada de su zócalo, se manifestó en el pueblo un sentimiento de indignación, y no creyéndose prudente arrancar las otras de día, se esperó á la noche para hacerlo. En el momento en que los turcos encargados de ello, se acercaban al templo, el viento hizo sentir un prolongado gemido. Los turcos creyeron oír la voz de las estatuas y huyeron espantados, sin que se les pudiera decidir luego á acabar su obra de destrucción.»

Para la descripción de este monumento que ha suscitado tantas discusiones arqueológicas, remito al lector al notable trabajo de Mr. Tetaz (*Memoire explicatif et justificatif de la restauration de l'Erechtheon*. Revista arqueológica 1851) ó al análisis que ha hecho Mr. Beulé en su libro sobre el Acrópolis.

Detrás del Erechtheon está el sitio mas escarpado de la roca, donde se elevaba la estatua de bronce de Minerva, cuya altura era de 80 pies. Desde este punto abarca la vista un horizonte inmenso.

Siguiendo el recinto setentrional, se vuelve á los Propileos: una parte de las columnas fue destruida



El templo de la Victoria Apta.—De fotografía.

por la explosión de un almacén de pólvora, pero los muros quedaron firmes, y mejor que en cualquiera otra parte se puede ver aquí la admirable precisión con que los griegos unían el mármol sin cemento. Los enormes bloques parecen sobrepuestos ayer y el aspecto varonil y severo de esta construcción de gigante contrasta singularmente con la delicadeza del pequeño templo de la Victoria Apta, situado á su derecha. La fachada de esta miniatura está compuesta de cuatro columnas monolíticas coronadas de capitales jónicos. La sociedad arqueológica de Ate-

nas la ha mandado reedificar por los planos publicados por Spon y Walher. Hay diversas opiniones sobre el origen del nombre *Apta* (sin alas). Según unos, significa que Teseo no envió la noticia de su victoria antes de su vuelta á Atenas; según otros, que la victoria no debía irse á otra parte.

A la izquierda de los Propileos está la Pinacotheca destinada en otro tiempo á la exposición de pinturas, y hoy al Museo de antigüedades.

La sola nomenclatura de las estatuas, metopas, altos y bajo-relieves, bustos, jarrones, epígrafes,